

*DEBER Y HONRA DEL ESCRITOR**

El ingreso de un escritor en el seno de una corporación como la presente no se halla, por cierto, exento de otoñal y severa solemnidad. Y es que no suele penetrar en recintos de esta categoría quien no ha sufrido ese noble estrago con que la edad va arrancando la profusión de las hojas a los árboles encendidos y desnudando a las almas de aquel ropaje de actitudes cambiantes y de palabras innecesarias que se pretende, en los años mozos, confundir con la auténtica juventud.

Distinción de tan alto linaje no es trofeo para el pasado de quien la obtiene, sino estímulo a más rigor en su obra y en su conducta, condición de silencio para muchas estériles fantasías y límite al capricho con que el artista que se deleita eludiendo los métodos regulares cree compensar, en esparcimiento gratuito y en ocio libre, su posición de soldado sin regimiento y de nota sin pentagrama, inasible y sola.

Sin embargo, de semejantes meditaciones –que no niegan la vaga melancolía en que se tiñe la reflexión con la madurez– surge, a la postre, la certidumbre de que la reja del pentagrama, para esa nota que se imagina excluida de ella, representa en el fondo el andamio firme de su orden lógico y natural. Sin sus líneas y sus espacios –limitados, pero precisos– la nota más ambiciosa perdería significado, porque donde no existe una escala, es decir, una relación de valores determinada ¿cómo podría alcanzar su sentido exacto –por cimero que deseáramos concebirlo– el signo, aislado e individual?

Esta lección de modestia es la primera enseñanza que imparte vuestra Academia a sus nuevos miembros. Si la elogio, al entrar aquí, es porque nunca he disimulado mi inclinación para todo lo que despierte sana confianza en una unidad susceptible de hacer que quienes la acepten sean tanto más leales con ellos mismos cuanto mejor perciban y reconozcan que, entre hombres independientes, la uniformidad absoluta denuncia monotonía, pues la unidad verdadera emana del equilibrio, de las libertades armonizadas, de la tolerancia y respeto mutuos.

* *Discurso de ingreso en la Academia Mexicana, correspondiente de la Española. México, D.F., 11 de abril de 1945. Se publicó en Educación y concordia internacional. Discursos y mensajes (1941-1947), El Colegio de México, México, 1948, pp.38-45.*

Aunque no creyera espontáneamente lo que he expresado, según lo creo, me induciría a insinuarlo, entre diversos otros motivos, la circunstancia de que me encuentro sustituyendo a un escritor tan distinto del que yo he sido: el señor don Teodoro Torres, persona de eminentes prestigios a quien consagro un recuerdo de íntima estimación y cuya muerte dejó en las letras de nuestra Patria un lugar que los adjetivos póstumos no señalan como el vacío patético de una ausencia, sino al contrario, como la presencia definitiva de un ingenio sonriente, lúcido y fiel.

Tras de rendir homenaje a su ilustre nombre y agradeceros muy cordialmente la honra que me habéis hecho al invitarme a sumar mi esfuerzo a las tradiciones preclaras de esta Academia, permitidme, señores, utilizar la atención que otorgáis al recipiendario a fin de discurrir con vosotros, por un momento, acerca de los problemas que nos plantea –como escritores y como hombres– la crisis que aflige al mundo; crisis tan honda y tan inquietante que no hay colectividad capaz de escapar a sus graves incitaciones, ni conciencia que no se sienta comprometida por el deber de buscarle una solución.

Estamos atravesando una selva oscura, de la cual hemos de salir a costa de todos los sacrificios, menos de uno: el de la fe en la virtud humana.

En este descenso entre las tinieblas, todos los pueblos, todos los seres –hay que reconocerlo con entereza– tuvimos alguna culpa, aunque sea exigua, por acción o por inacción. Los delincuentes que inscribiré en sus registros la historia son los tiranos: Jefes de autómatas, que hipotecaron en su provecho todos los mecanismos de la técnica y de la ciencia, todas las aptitudes de la disciplina y la economía, e incluso –a veces– todas las formas externas de la cultura.

Pero si, en lo político, es un consuelo observar la unanimidad con que las naciones libres se han pronunciado contra la pasión de esos delincuentes, en lo personal no podemos limitarnos a reprobarlos. Sería, en verdad, demasiado cómodo encarnar al mal en unas cuantas cabezas de déspotas sanguinarios ya que, para quienes piensan imparcialmente, resulta obvio que esos déspotas estarían desde hace tiempo en una cárcel o en una clínica si, en la hora en que asaltaron el poder, hubiese habido en el mundo entero una jerarquía activa de los valores espirituales que hiciese inútil la conjuración de su crueldad.

Ese constituye, señores, el problema candente de nuestro tiempo. La crisis en que vivimos es, hoy, una crisis bélica; fue ayer, y será acaso también mañana, una crisis económica. Ha sido, siempre, una insuficiencia jurídica; pero, desde hace ya muchos años, representa algo más alarmante: una crisis ética. De esta última ¿quién tendría derecho a declararse irresponsable? Y, en la responsabilidad de esa crisis, atañe a los escritores, a los intelectuales, a los filósofos, una parte proporcionada a la calidad de su vocación.

Siento que pecho aquí contra la serenidad habitual de estas reuniones, al referirme a una angustia viva en vez de ofreceros, pongo por caso, la limpia autopsia de un asunto de crítica literaria. Sin embargo, siento asimismo que, en una era como la actual, no es posible ya para el escritor olvidar al hombre y que, cuando todo está en riesgo de perecer –porque una paz mal organizada traería consigo tantos perjuicios como una serie de convulsiones y de contiendas– venir a hablaros de la decadencia de la elegía, del crepúsculo de la égloga o del desfallecimiento del soneto, supondría de mi parte una lamentable deformación y equivaldría a imaginaros desvinculados del ejercicio de la única profesión para la que todo instituto de esta importancia es academia abierta sobre la tierra: la profesión de los hombres que aman el bien.

Precisamente porque existieron, durante lustros, muchas generaciones que creyeron poder servir a la inteligencia sin servir a la humanidad; precisamente porque existieron, durante lustros, muchos especialistas de la cultura que edificaron en el aire sus utopías y muchos oficiantes del arte que declararon malsano para su obra cuanto excediese el espacio breve de lo que llamaron su "torre de marfil", es por lo que llegó a establecerse, en gran parte de las naciones, un doloroso divorcio entre la vida y la inteligencia, entre la política y la cultura.

Ahora bien, ese divorcio ha provocado tantos desastres que no podríamos atrevernos a acusar de él, exclusivamente, a las mayorías que lo admitieron. Donde el intelectual haya renunciado a sus funciones de orientador, la paz futura requerirá que el divorcio a que aludo desaparezca. Porque si un pensador español habló de la rebelión de las masas antes del conflicto, la inteligencia ha experimentado otras formas sutiles de rebeldía: el orgullo del aislamiento, la negación al servicio público y la creencia de que el civismo es tan sólo oficio, mera especialidad.

Reconstruid –si no– el espectáculo de los años que sucedieron a la primera tremenda guerra de nuestro siglo. Salvo contadas y honrosísimas excepciones ¿qué hicieron los estadistas? Desconfiar de la inteligencia. Y ¿qué hicieron, a su vez, numerosos intelectuales? Apartarse del ágora ciudadana, abdicar de sus compromisos de dirección.

Alejándose así del esfuerzo de los demás ¿cómo cabía esperar que no se alistasen a suplantarlos esos simuladores –seudofilósofos y pseudoartistas– que transformaron pronto la ciencia pura en artera táctica de agresión, el talento en habilidad y el arte y el pensamiento en sistemas desenfrenados de propaganda?

En México, el fenómeno que menciono se presentó, por fortuna, con menor acuidad que en otros países. Muchos supieron participar, desde las páginas de sus libros, desde las columnas de los periódicos, desde la tribuna, desde la cátedra, en

la obra conjunta de afirmación y, también, de crítica constructiva que exige a los depositarios de la cultura la evolución de la sociedad. Pero no se trata ya de limitar a una Patria la rectitud de esa vigilancia por el espíritu. Para el mundo que va naciendo, entre ruinas, sollozos y bombardeos, metralla y muerte, miseria y sangre, estamos todos, todos los escritores, todos los artistas, todos los pensadores, obligados a imaginar un vivir mejor.

Pasada la hora de los estrategas, vendrá la de los políticos. La diplomacia se empeñará en conciliar muchas diferencias, en ligar y fundir muchas voluntades. No obstante, nuestra cita con el destino es irremisible. A las más generosas Cartas Políticas y Económicas, están demandando los pueblos la adición de otra Carta fundamental: aquella en cuyas cláusulas se establezca el orden de los postulados morales de la conducta; aquella en la cual, para convivir, todas las razas y todos los Continentes se pongan al fin de acuerdo sobre los propósitos de una unión que sería, a lo sumo, precaria alianza de intereses políticos regionales si no consiguiéramos sustentarla sobre una alianza suprema por el espíritu.

Ninguna nación, ningún grupo, ningún individuo se hallará en aptitud de servir a la paz del mundo, mientras esa paz no se afiance en una filosofía de la vida que dé a la vida su pleno significado: el cumplimiento de una misión.

Porque, sin duda, estará muy bien que nos preocupemos por defendernos de los adversarios que encuentra siempre la libertad; mas conviene igualmente no olvidar nunca que no pocos de esos adversarios perecerán por su propio impulso, como castigo de su violencia, según ocurrió con el rival hipócrita de Teágenes cuando fue a derribar de su pedestal a la estatua que los tacios le consagraron. Cayó la imagen del vencedor; pero, al desprenderse, vino a rodar sobre el cuerpo del envidioso y, con su peso, lo sepultó.

En cambio, si de los enemigos del exterior nos salvan frecuentemente las circunstancias, ¿quién podría salvarnos, sino nosotros, de ese enemigo que va en nosotros a donde vamos; que escucha, antes que nosotros, nuestro secreto, por misterioso que sea el mensaje que lo contiene y discreta la voz que a solas nos lo transmite; de ese enemigo que nos derrota, a veces, cuando vencemos y que sólo vencemos cuando logramos dominar en nuestra conciencia el grito del egoísmo, la avidez del odio y la fiebre sórdida del placer?

No conseguirá vivir en paz con sus semejantes quien no sea digno de vivir en paz con su propio yo. De ahí que en estos instantes, en que deseamos estructurar una educación que sirva a la paz, a la democracia y a la justicia, sintamos la extrema urgencia de no apoyar solamente el acento de la enseñanza sobre el aspecto de santa lucha que anima al hombre en la definición de sus facultades políticas y

sociales; sino también –y de modo concomitante– sobre el rigor de su equilibrio interno como persona y su capacidad para superar, en sí mismo, el estallido oscuro de las pasiones. O, para decirlo con términos diferentes: no se libera tan sólo al hombre afianzándolo en el uso de sus derechos. Se le libera –y acaso con mayor precisión– colocándole por encima de la esclavitud aprobiosa de sus instintos y haciéndole comprender sus obligaciones para consigo, para con sus iguales, para con la Patria y para con toda la humanidad.

Se ha hablado mucho de los derechos del ciudadano, de los derechos de la mujer, de los derechos del escritor, de los derechos del joven, del técnico y del artista. Hemos ido creando, en todos los órdenes de la sociedad, una mentalidad de cobradores insatisfechos. Acontece por consecuencia que quien demanda cumple menos de lo que exige y da en servicio menos de lo que pide para servir. Se instala así, a corto o a largo plazo, durante la paz, un déficit colectivo, que las naciones sólo saben pagar con su aportación para alguna guerra; lo que, después de todo, más que pagar, equivale a querer saldar indirectamente una deuda, merced a la liquidación general de una bancarrota.

Lo anterior nos demuestra que uno de los valores que procede instaurar, dentro del sentido humano de la cultura, es el valor espontáneo, intrínseco, del deber. Pero ya no el deber militar de matar o morir, que aceptan los pueblos cuando se desatan las ofensivas, sino el deber civil de vivir y de hacer vivir conforme a normas insospechables; el deber de sacrificar un poco de nuestro goce, todos los días, para no sacrificarlo en su integridad sobre las aras trágicas de la guerra; el deber de ser fuertes, fuertes a tiempo, en la armonía de una convivencia justa y civilizada, a fin de no tener que aprender a ser fuertes en la contienda, cuando la fuerza se mide por lo que niega y no por lo que asegura, por lo que destruye y no por lo que edifica.

Tenemos, frente a nosotros, el esbozo complejo y arduo de un nuevo mundo. Un mundo que no brotó de un azar de la geografía, sino de una voluntad insistente, compacta, adusta: la historia humana. Ese esbozo será a lo sumo forma insensible, desierta y muda mientras no le comuniquemos un alma propia. Y esa alma sólo podrán transmitirla quienes posean la capacidad de entregar a su obra todo su ser.

Por espacio de muchos años hemos oído a algunos intelectuales opinar de manera abstracta sobre los temas que hacen la paz y la guerra de los países. Incluso a raíz de firmada la tregua de 1918, hubo escritor europeo, de maestría, que definiera la paz como un equilibrio de símbolos solamente. El talento se había engréido en jugar así, no sin temibles irreverencias, con las metáforas. Pero sucede que las metáforas son un momento no más de la realidad: el momento rápido y fotográfico en que la materia se vuelve signo, alusión, emblema. Y comprobamos, por la ex-

perencia de lo sufrido, que nuestro papel inmediato va a consistir en resucitar las figuras yacentes bajo los símbolos.

Si los artistas de antaño se complacieron, viendo cómo se convertía Dafne en laurel y en estatua de sal la mujer de Lot, el deber exige que nuestra hora se singularice precisamente por lo contrario y que, al roce de nuestra vara poética o filosófica, vuelva a vivir la mujer de Lot, escapando a su cárcel salobre y frígida, vuelva el laurel a ser Dafne viva y hallemos, bajo los símbolos opresores, la carne trémula y vulnerable por cuyas arterias corra una sangre ya no ficticia, sino roja y ardiente como la nuestra, entre nervios y músculos de verdad.

Quiere ello decir, sin alegorías, que se impone a las nuevas generaciones una tarea cuyos timbres más puros de gloria radicarán en vivificar la cultura, en humanizarla y en combatir contra las áridas abstracciones que estaban amenazando ahogar el arte, la ciencia y el pensamiento.

El alma que aguarda ese nuevo mundo se erguiría mañana airada contra nosotros si no tratásemos todos de fabricarla con lo más acendrado de nuestra fe. Lo que más ha faltado a los constructores de nuestra actual civilización es la fe en el hombre, la devoción para sus ideales y el examen crítico necesario para distinguir con exactitud entre la esperanza y el espejismo.

A la técnica de la prisa es indispensable sobreponer la técnica de la solidez. Que en cada cual se precise la psicología del arquitecto, del "arquitecto de su destino". En ello, los escritores y los artistas de México están tan comprometidos como los de cualquier nacionalidad. Es menester, en efecto, que el mundo que ayudemos a organizar sea un mundo en orden. Y que el orden que lo regule derive de la única disciplina susceptible de conjugarse con nuestro amor a la libertad: el orden por el espíritu.

En un debate, presidido por el profesor Osorio de Almeida, se discutió, hace algún tiempo, acerca de la transformación de los valores de la cultura. Entre otros, hizo uso de la palabra en aquella ocasión un desterrado político de Alemania, Werner Thormann, de quien son las siguientes frases que no me parece superfluo reproducir en este lugar: "En todos los dominios de la vida pública —exclamó el orador— nuestra tarea es la de impedir que el hombre se convierta en un simple instrumento." Y añadió: "Hemos presenciado la liberación de las masas, pero aún tenemos que conciliar esa emancipación con el concepto de la personalidad." A lo que Raymond de Saussure no tardó en objetar: "Una disminución de la responsabilidad individual frente al conjunto de la sociedad, un deseo de pedir todo de ella y de no procurarle nada en cambio, tal fue la característica principal del período de preguerra."

Advertimos que, en esta supuesta antinomia entre la responsabilidad de la sociedad y la responsabilidad de los individuos o entre la emancipación de las masas y el desenvolvimiento de la persona, la solución positiva tendrá que ser, indefectiblemente, una solución moral. Ya en el ocaso del siglo XVIII, Kant aconsejaba: "Obra de manera que trates siempre la voluntad libre y razonable, es decir, la humanidad, en ti y en el prójimo, como un fin y no como un medio."

No hay postulado jurídico que no ilumine este reflector: lo mismo la libertad del ser en la democracia de la nación que la soberanía de los pueblos en la democracia de las naciones; pues lo que el imperialismo económico y el totalitarismo –técnico o práctico– han pretendido ejercer, tanto en el seno de los países como por el avènement tortuoso de las potencias, es el uso del prójimo como medio, el empleo del semejante como inferior y el sometimiento de la voluntad –que, por sí misma, es un fin augusto– a transitorias finalidades que alteran la convivencia y desquician el orden universal.

En todas las latitudes, en todos los climas, bajo todos los cielos, los hombres que escriben, piensan y enseñan deben procurar hacer de la paz y la libertad algo dinámico y sustantivo, y no situaciones de tímida estabilidad y de simple exclusión de la muerte y la servidumbre. El interés por la paz y el fervor por la libertad fueron declinando en los pueblos y en las conciencias antes de que estallaran materialmente las hostilidades que padecemos, en parte porque –a la sombra de las nociones de paz y de libertad– habían cristalizado muchas injusticias y prosperado muchas mentiras; pero en parte, también, porque los promotores de la cultura no acertaron a inculcar en las masas una imagen viviente de esas nociones y se contentaron con definir las por sus límites negativos: la paz, como negación de la guerra, y la libertad, como negación de la tiranía.

Acaece, no obstante, que el ánimo de los individuos y la convicción de los pueblos se enardecen difícilmente por aquello que se les brinda en términos restrictivos y que la libertad y la paz son condiciones que han de estimarse, ante todo, por sus aspectos de afirmación. A partir de Versalles, no fueron pocos los libros que difundieron el odio y el miedo de la contienda. Barbusse y Duhamel, Arnold Zweig y Dorgelés, Remarque y Romain Rolland –para no mencionar sino a novelistas de éxito incuestionable– hicieron de sus obras requisitorias vehementes contra la guerra.

Mas, a cambio de aquellas requisitorias, ¿cuántos fueron los escritores que se atrevieron a cantar positivamente los méritos de la paz? Por tenebrosa que fuera la novelística de la guerra, la de la paz destilaba también acíbar y desaliento, pesimismo y desolación.

¿Qué ejemplos de humanidad proponían los literatos más celebrados a sus lectores? En Francia, el inmoralismo de *Los Monederos Falsos* descritos con tan persuasivo talento por André Gide, y la sociedad decadente que dio pretexto a los admirables análisis de Marcel Proust. En Alemania, el culto de la muerte, de Thomas Mann, y las crueles indagaciones de Jakob Wassermann. En Italia, los personajes nocturnos de Svevo y de Pirandello. En Praga, las agónicas turbulencias de un Kafka y, en Inglaterra, cuando no las digresiones irónicas de Aldous Huxley, el exacerbado sensualismo enfermizo del *Amante de Lady Chatterley*...

Entre las perspectivas de un armisticio sin grandeza y los cuadros de una guerra sin magnanimidad, lo que germinaba naturalmente, en el público, era la indiferencia. ¿Valía la pena renunciar a la lucha para incurrir en ese marasmo que se nos daba como resumen y anestésico de la paz? A fin de contrarrestar la sensiblería llorosa de ciertas horas de la literatura decimonónica, se exageraron las pretensiones de un intelectualismo geométrico y efectista. Poetas, de angulosa prestancia, llegaron a declarar que el corazón había pasado definitivamente de moda. Antes que de los caracteres, la virtud, la pasión creadora, la entereza y la viril elegancia de la conducta huyeron de la páginas de los libros. Y, si restamos algunas obras excepcionales, la mayoría de la producción literaria esparcida en el mundo entre 1918 y 1940 puede clasificarse en dos largas series: la de los textos que tendían al idealismo, por evasión de la realidad, y la de aquellos que proclamaban, como único realismo posible, la eliminación de los ideales.

¿Qué representaba tan seria antítesis, sino una dimisión moral de la inteligencia? Porque no hemos de resignarnos a que el papel de la inteligencia haya de reducirse a copiar los retratos bajos y los perfiles ignominiosos, sino a tomar, al contrario, los elementos dispersos en la naturaleza y a organizarlos con energía, a fin de proporcionarnos una galería de modelos, dichosos o infortunados, nobles o ruines, pero contrastándolos –como siempre ha ocurrido en las grandes épocas– sobre el fondo de una concepción coherente, inspirada y sólida de la vida.

Todos un poco nos encontramos, en estos días, como Renán, cuando escribió su *Plegaria sobre el Acrópolis*. Todos, en efecto, quién más, quién menos, podríamos, como él, afirmar que "llegamos tarde al umbral de los misterios de la belleza simple y verídica." Porque hemos vivido enfermos de escepticismo y porque, para decirlo con sus palabras, "una filosofía indudablemente perversa nos indujo a creer que lo bueno y lo malo, lo feo y lo bello, el dolor y el placer podían transformarse unos en otros, merced a matices indiscernibles, como los del cuello de la paloma", nos sentimos ahora situados ante el deber de elegir lo bueno con osadía y de rechazar lo malo con decisión, de servir al bien con todas las fuerzas de nuestro convencimiento y de oponernos al mal incansable, perennemente.

Nuestra dignidad –y tal vez no sólo la nuestra– dependerá del acierto con que escojamos entre el camino de la llanura que lleva, entre muelles ondulaciones, a la comodidad y al desistimiento, y el camino de la montaña que va, entre riscos, hacia el heroísmo de la belleza y de la verdad.

La obligación más alta de los artistas y de los escritores de nuestro tiempo es la de devolver a los hombres una esperanza. Pero no la esperanza blanda y afeminada de que la paz equivale a una póliza contra todos los riesgos de la existencia, sino la varonil esperanza de que vivir es aceptar los peligros, sobrellevarlos y saber dominarlos con valentía, en función y por obra de un ideal.

Quiera México que todos sus escritores –los presentes y los ausentes– merezcamos asumir esa obligación. Tal es, señores, el voto que elevo, fervientemente, al unirme a vuestra Asamblea.

